



Mi encuentro con don Tomás Carrasquilla

Beatriz Elena Acosta Ríos¹

¹Licenciada en Filosofía y Letras, especialista y magíster en Estética. Correo: beatrizacosta@itm.edu.co

Este escrito narra el encuentro de una joven con la literatura de Tomás Carrasquilla, y con su diagnóstico temprano, a partir de una sintomatología, que indica singularidades sobre el carácter social de los medellinenses desde la génesis misma de la ciudad. Los textos del autor han abierto a la lectora caminos para tratar de encontrar y comprender posibles orígenes culturales de la violencia extrema en medio de la cual creció, por lo tanto, componen una obra cuya pertinencia en la actualidad es para ella incuestionable.

Mi primer encuentro con Tomás Carrasquilla ocurrió mientras estudiaba Filosofía y Letras en la Universidad Pontificia Bolivariana. No leí nada suyo en el colegio, pero sí escuché la primera parte de *Los caminos del corazón* (2020), titulada «Margarita González», en la voz del profesor de filosofía, quien admiraba la obra de su autor, el maestro Jorge Alberto Naranjo; así que cuando llegué al curso universitario dedicado a la obra del escritor, ya estaba al tanto de uno de sus grandes conocedores, pero no de él. La profesora era ahora Elsa Efigenia Vásquez, quien antes me había dictado cursos sobre Marguerite Yourcenar y Julio Cortázar, que también nos leía en voz alta y tenía esa extraña virtud de hacernos amar lo que amaba. A ella le debo Carrasquilla y mucho más.

Desde el primer momento supe que se abría una puerta para pensar Medellín, esa ciudad en la que nací, he vivido siempre y cuya desintegración social percibí en tercero de primaria, cuando en los corredores escuchamos a las profesoras hablar en voz baja sobre el asesinato del ministro Lara Bonilla. Algo se fracturó ese día, un ruido sordo e incomprensible se instaló en las casas, un presentimiento que aumentó de modo acelerado durante esa década aciaga de los años ochenta hasta convertirse en auténtico pánico cuando los cadáveres de jóvenes asesinados poblaron las calles, los parques, las carreteras y hasta los interiores de los hogares, y el sonido de las bombas se hizo cotidiano.

Para quienes crecimos escuchando balaceras, esta ciudad mostró desde muy temprano una de sus paradojas: paraíso e infierno al mismo tiempo. Quedó mitificada en nuestras memorias como el lugar de la emisora Latina Stereo, los bailes interminables, las bandas de metal y punk, los conciertos en terrazas oscuras, los partidos de fútbol en cada barrio, las vestimentas estrafalarias, las fiestas; fiestas en las que bailábamos en medio de balas, de carros sospechosos que pasaban despacio, de motos estridentes que parecían volar, del cambio intempestivo en las miradas de aquellos que habían sido nuestros amigos de juegos en la infancia y que ya se dedicaban a actividades misteriosas, se vestían a la moda sin importar si sus familias eran ricas o pobres y, en muchos casos, amanecieron tirados y llenos de huecos.

¿Qué nos pasó en Medellín? ¿Cuándo comenzó la catástrofe? A pesar de que las causas inmediatas de la descomposición fuesen evidentes, era menester indagar sobre sus orígenes en los matices de un **ethos** que se remonta muy atrás. La lectura de Carrasquilla ha sido para mí un faro en ese sentido desde aquella primera clase universitaria, a partir de la que casi todo lo que he pensado y escrito nace de la misma pregunta, ¿qué significa haber crecido en esta ciudad durante los años ochenta y noventa?

De ahí que mi búsqueda al interior de la obra carrasquillana se ha dirigido sobre todo a los textos en los que el escritor despliega reflexiones y construye personajes que me han permitido pensar la multiplicidad de rasgos que componen nuestro carácter medellinense, entre ellos, aquellos en los que se configura nuestra singular forma de cursilería que, sin dejar de producir risa, es, a mi modo de ver, uno de los meollos de nuestra encrucijada social. La palabreja germana *kitsch*, sobre la que tanta tinta ha corrido, no fue usada por don Tomás, pero su trabajo sobre el arribismo y sus variaciones en la naciente ciudad es determinante para cualquier revisión sobre lo *cursi* (expresión cuyo significado es cercano al de *kitsch* y utilizada por el autor en varios textos) y sus implicaciones en el ámbito local, y marca un importante punto de interlocución desde la región con los especialistas situados en otros rincones del orbe.

A continuación, cito algunos ejemplos:

En *Frutos de mi tierra* (1896), los hermanos Alzate, oriundos del campo, llegan a la Villa y se instalan justo en el centro, al lado de los más privilegiados, de quienes solo conocen esa posición de privilegio, pero ignoran lo demás; por supuesto, el contraste entre sus vecinos y los recién llegados es evidente en su estética dentro y fuera del hogar: indumentarias estrafalarias por parte de los hermanos mayores enriquecidos con una prendería, decoración no menos extravagante en la casa, caricaturas del mundo al que quieren pertenecer y desfiguraciones de aquel al que pertenecen, pero solos en medio de aquellos que los evitan. Otro tanto sucede con la señora Juana Barrameda de Samudio en *Grandeza* (1910), viuda de un campesino cuya fortuna se fraguó en la tierra, ansiosa de pertenecer a la élite de Medellín, por lo cual desprecia su origen, que decide soslayar cuando llega también al centro «¡Pues no faltaba más!; Al centro; a la gran escena!» (Carrasquilla, 1995, p. 240). La señora despilfarra la herencia familiar arrasada por un arribismo extremo y por la fascinación inmoderada que le produce el contacto con la clase alta de la ciudad («A doña Juana la domina el frenesí. ¡Ella entre toda esa gente, tosiendo parejo con las millonarias!». Carrasquilla, 1995, p. 308). Esta novela ya expone una de las contradicciones de nuestra cultura: para los nacidos en lo alto de las montañas, o entre ellas, es una ofensa que los llamen montañeros, aunque celebren las bellezas del paisaje y las bondades del clima templado. En *Ligia Cruz*, la noveleta de 1920, el escritor vuelve sobre la revisión de estas tensiones que, en algunos casos, presagian odios intestinos entre viejos y nuevos habitantes: don Silvestre es rico, dueño de mina, orgulloso de su raigambre campesina (el nombre del personaje en este sentido es sugestivo); su esposa doña Ernesta (Ernestina) en cambio,

es la viceversa de su marido. Es de nobleza azul y requintada, originaria de la ciudad heráldica de Antioquia; pero como en su casa nunca tuvieron un hediondo peso, hubo de conformarse con atrapar, todavía joven y no mal parecida, al remediano acomodado, ya cuarentón y algo vulgarote de figura. En los primeros años de matrimonio fue modesta y recogida; pero, en cuanto entendió la posición financiera de su marido, se levantó en cascos como un avión. Al crecer sus hijos, al verlos actuar en sociedad con lo más rico y significativo, fue el vértigo. El Villadaza le brotó como la viruela. Contado era el cristiano a quien no tuviese por «jalapa», «mañé» o «fatalidad» (Carrasquilla, 1995, pp. 13-14).

Ese desprecio por los campesinos y, sobre todo, por los campesinos pobres, se manifiesta en toda su acritud hacia la ahijada de don Silvestre, Petrona, hija de los mayordomos de la mina, quien es traída por su padrino a la ciudad para que se cure del paludismo, y que en medio de su inocencia y su delirio por la enfermedad se disfraza e imita los comportamientos de las niñas de ciudad, sufriendo crueles desplantes por parte de doña Ernestina. El rechazo visceral al origen de la niña (que en el fondo es similar al suyo) impide que la señora tenga algún gesto de empatía con su tragedia y en ningún momento expresa compasión, al contrario, la humilla cada vez más, aunque sepa que morirá pronto.

Así pues, los hermanos mayores de la familia Alzate nos permiten avizorar ya esa cara siniestra de la **berraquera** paisa que denunciaba el atribulado Felipe, del cuento homónimo de Gregorio Gutiérrez González, desde los años cincuenta de ese siglo XIX:

Raza de mercaderes que especula
Con todo y sobre todo. Raza impía,
Por cuyas venas sin calor circula
La sangre vil de la nación judía;
Y pesos sobre pesos acumula
El precio del honor, su mercancía,
Y como solo al interés se atiende,
Todo se compra allí, todo se vende.

Sí, todo se compra, todo se vende, y también se muestra, se exhibe. Igual que los hermanos de **Frutos de mi tierra**, otros de **Grandeza** y **Ligia Cruz** y de un cuento como **Esto sí es bola** que dan cuenta de la configuración de una sociedad en la que el clasismo extremo convive con la miserabilización desde sus comienzos, en la que los llamados «antiguos ricos» provienen, en muchos casos, del mismo campo que

desprecian y en la que, por tanto, el amaneramiento social pretende soslayar el Ἀρχή campesino de nuestra idiosincrasia; todo lo cual, sumado a la exacerbada creencia en la moral cristiana, constituye una realidad paradójica: creer en Jesús de Nazaret y en la Virgen María no es óbice para estar dispuesto a lo que sea por conseguir dinero, acumularlo, ostentarlo, humillar a quienes no lo tienen y destruir si es necesario a los que se interpongan en el camino. Todas estas contradicciones se expresan en nuestro arte, de ahí que en la teoría estética de Carrasquilla también se hallen reflexiones necesarias sobre el imperativo de autenticidad, pues el cómo es consustancial a lo dicho, así lo dijo al poeta Maximiliano Grillo en la *Homilía II*: «El carácter ante todo, Maximiliano: el azahar ha de oler a virgen, el muerto a podrido y lo nuestro a Colombia» (Carrasquilla, 1958, p., 681).

Hoy, cuando desde la literatura miramos en retrospectiva las décadas atroces de la guerra urbana que continúa, tal vez sea más oportuno que nunca hacer una lectura actualizada de la obra de Tomás Carrasquilla, no solo por su minuciosa reconstrucción de la cotidianidad local durante la segunda mitad del siglo XIX y la primera del XX, sino también por lo que nos puede decir sobre la génesis de nuestro desgarramiento presente.

Referencias bibliográficas

Carrasquilla, T. (1958). Obras completas. Edición Primer Centenario. En memoria de la apoteosis del maestro. Bedout.

Carrasquilla, T. (1995). *Entrañas de niño*. Grandeza. Universidad Pontificia Bolivariana.

Naranjo, J. (1991). *Los caminos del corazón*. Ediciones Bolsillo Roto.